

Un hecho debemos consignar, ya que la índole de este trabajo nos impida ocuparnos de él con la debida extension. Al poco tiempo de ponerse al frente del gobierno el ministerio O'Donnell empezó la campaña de Cochinchina, dirigida por el bravo coronel Palanca, con objeto de vengar á los cristianos españoles, que habian sido víctimas de continuadas persecuciones y de horribles suplicios por los súbditos del emperador de Annam. En esta empresa las armas españolas quedaron victoriosas, y es lástima que nuestras discordias hayan sido causa de que no reportemos las inmensas ventajas que aquel triunfo hubiera podido producirnos para el comercio de nuestras posesiones de Asia.

Nada más digno de referirse ocurrió en la política española antes de la grandiosa *campana de Africa*.

XVI.

Honra el reinado de Isabel II una de las más gloriosas epopeyas que el siglo XIX registra en sus anales. Constituye esta epopeya la guerra sostenida por España en 1859 contra el imperio marroquí.

Damos tregua, por poco tiempo desgraciadamente, á la política de bandería, para ocuparnos de un episodio de nuestra historia contemporánea, en que por vez primera, durante la tercera época constitucional, se hizo política española.

Las aguas del Mediterráneo separan la barbarie de la civilizacion. Del lado de allá playas inhospitalarias, el fanatismo religioso, la ignorancia y el despotismo. En la ribera opuesta la más pura fraternidad, la caridad cristiana, la civilizacion moderna, nutrida con la moral del Evangelio.

Por una tendencia natural de la humanidad, parecen destinados ambos pueblos á combatir perpétuamente, siendo el aviso constante de la Providencia que les indica el destino que en sus inescrutables designios les tiene señalados. Las regiones en que nacieron Escipion y San Agustin; las que despues lanzaron sobre la Europa y en la época de su decadencia sus ejércitos y sus sacerdotes, se ven más tarde invadidas por Cisneros y Carlos V, por los denodados descendientes de aquellos godos que sucumbieron á orillas del Guadalete. Desde entonces ambos pueblos tienen uno sobre otro fija su atencion. Rencoroso y valiente el riffeño, provoca constantemente los nobles y belicosos sentimientos del pueblo español, á la vez que el corazon y el pensamiento de este aspira á dilatarse en el seno de esas comarcas, que parecen destinadas á recibir la civilizacion de España.

El gobierno de Marruecos es tan despótico como degenerado el carácter de sus habitantes. Cree el pueblo que, obedeciendo á su soberano, gana las felicidades de la otra vida; por eso es tan servil y miserable. Hay, sin embargo, algunas comarcas que se hallan en constante rebeldía, y otras que obedecen ó no al emperador, segun que les es ó no conveniente; y ocurre con frecuencia que en sus viajes por el imperio, el jefe del Estado tenga que hacer grandes rodeos para no ser atacado por sus mismos súbditos.

El ejército regular permanente, formado por soldados que llevan el nombre de *moros de rey*, consta de 6.000 hombres de á pié, 10.000 caballos y 500 artilleros. De ellos tiene siempre el emperador para su servicio particular 400 ginetes, que constituyen su guardia imperial, cuya organizacion data del reinado de Mulay Ismael, muerto el año 1827. El ejército marroquí se aumenta prodigiosamente cuando hay guerra con las potencias extranjeras, pues entonces todas las kbylas (1) ó kabylas, con su kaid (2) á la cabeza, se reúnen para combatir con salvaje heroicidad al enemigo comun.

Comprende el imperio de Marruecos una parte muy considerable de la antigua Mauritania. Su costa se extiende con igual direccion á las nuestras en el Mediterráneo: bañado al Occidente por el Océano y al Norte por el Mediterráneo, se encuentra limitado al Sur por las elevadas cordilleras del Atlas y al Oriente por el rio Muluya, que lo separa de las posesiones francesas en el Africa. Es su clima más templado de lo que se cree, y son fértiles sus llanuras; pero desconocida la propiedad y sometido el trabajo á la ley feroz del despotismo, duerme la industria y se enervan las fuerzas productoras de aquel país, ávido de una civilizacion que solo puede llevarle la nacion española.

Acostumbrado el habitante de Marruecos á los ejercicios de la caza, á la vida nómada y errante ó á los azares de la guerra, puede considerarse terrible como enemigo, pues aumentan su indomable valor las condiciones sociales en que vive y su fanatismo religioso.

En constantes relaciones la España con Marruecos, por poseer algunas plazas en su mismo territorio, la conducta poco noble de las autoridades fronterizas durante muchos años, hacia necesario un escarmiento por nuestra parte. Los ataques de las kabilas inme-

(1) Del verbo kbel, cuya significacion es hallarse reunidos.

(2) Jefe de kbyla.

días á nuestras posesiones se iban haciendo cada vez más frecuentes, y no hubiera estado el gobierno á la altura de sus deberes, como representante de la honra y de la dignidad de España, si hubiera permitido que se continuaran infringiendo ofensas al pabellon español. No faltó el gobierno á su deber, y cumpliendo sus instrucciones nuestro agente diplomático en Marruecos, concertó con el ministro de Estado de aquel imperio un tratado en que se fijaban los límites de la plaza de Melilla, á fin de evitar nuevas querellas entre riffeños y españoles. Mientras se firmaba este tratado en Tánger, la avanzada española establecida en el Otero fué atacada indignamente (10 Agosto 1859) por la kabila del Riff, la cual destruyó y quemó las obras del cuerpo de guardia llamado *Ataque de Santa Clara*, que se habia establecido delante de Ceuta. No contentos con este atentado, el 21 del mismo mes los moros derribaron los pilares de la línea divisoria, arrojando al suelo las armas de Castilla.

La gravedad de este hecho, que acabó de exasperar el sentimiento público, sobreexcitado por los anteriores, obligó al gobierno á adoptar una actitud enérgica para dejar á salvo el honor del país; pero al mismo tiempo quiso conciliar lo que á la honra interesaba con la moderacion y templanza de que deben dar pruebas los hombres encargados de regir los destinos de una nacion. Preparándose para todas las eventualidades, el gobierno exigió las debidas satisfacciones, y el dia 25 del expresado Agosto se celebró en Tetuan un convenio, por el cual terminaban las graves diferencias suscitadas entre ambos países; pero cuando se acaba de firmar este convenio, los moros de la kabila de Anghera, en número de 1.500, atacaron la plaza de Ceuta. La escasa guarnicion de aquel presidio rechazó la acometida, que se renovó en los dias siguientes por mayores fuerzas, destruyendo los agresores las obras comenzadas para resguardo de aquella fortaleza y arrancando las armas de España, colocadas en la piedra que marca la línea divisoria entre el campo español y el marroquí.

En el momento en que el gobierno tuvo noticia de este nuevo atentado, interpretando fielmente el espíritu del país, pidió la pronta y completa reparacion de la ofensa recibida, mandó reforzar la guarnicion de Ceuta, y dió órdenes para que se formase en Algeciras un cuerpo de ejército de observacion y se reunieran en aquel puerto las fuerzas navales necesarias para atender á todas las eventualidades.

Las notas diplomáticas continuaban; los ataques de los moros se repetian, y el gobierno se preparaba á

vengar las osadías y salvajes agresiones de las kabilas. Un incidente inesperado vino á dar nuevo giro al asunto, haciendo concebir esperanzas de que la guerra podria evitarse. Nos referimos á la muerte del emperador marroquí, ocurrida el 6 de Setiembre, y al deseo manifestado por su heredero de que se concediera alguna trégua hasta que cesara el estado de anarquía en que habia quedado aquel país y pudiera él terminar un arreglo decoroso. Entonces el gobierno amplió el plazo que habia concedido para que los culpables en los últimos ataques, más propios de asesinos que de soldados, recibieran el merecido castigo, y para que se dieran garantías de que no se reproducirian aquellos desmanes. Pero las embestidas de los moros continuaban de tal modo, que el batallon cazadores de Madrid tuvo que practicar una salida y llevar por delante de sus bayonetas á aquellos desalmados.

Pocos dias antes de terminar el plazo señalado se abrigaron esperanzas de llegar á un arreglo pacífico.

Indicaremos en pocas líneas en qué se fundaban estas esperanzas.

El emperador *Abd-el-Rahjman* (1), que como hemos dicho falleció el 6 de Setiembre, tuvo de su primera mujer á *Sidi-Mohjamed* (2) y á *Muley-el Abbas* (3), ambos mulatos. Antes de morir nombró al primero su sucesor en el trono, revistiendo al segundo con el título de *Jlifa* (4). Hallábase Sidi-Mohjamed en Marruecos cuando supo la muerte de su padre y se dirigió inmediatamente á *Fez* (5); pero los descendientes de la rama de Muley Soliman, que cuentan con muchos partidarios, conocidos con el nombre de legitimistas, le cerraron las puertas de la ciudad, negándose á reconocerle como emperador, habiendo sido necesario bombardear la poblacion para entrar en ella y tomar posesion del trono. Como los ministros de su padre le fueron adictos, Sidi-Mohjamed los confirmó en sus cargos, y falto de iniciativa se entregó á ellos completamente, siendo, más que su amo, su instrumento. Apenas se ocupó de las cosas de España, y todo indicaba un próximo conflicto. Pero los buenos oficios y las razonadas excitaciones de Muley-el Abbas, príncipe ilustrado y tan prudente en los consejos como valeroso en el combate, dieron lugar á dos notas del gobierno marroquí que hacian esperar pudiera salvarse el conflicto por la via diplomática.

(1) Siervo del Misericordioso.

(2) Señor Mahoma.

(3) Mi amo y señor.

(4) Segundo sucesor.

(5) Residencia habitual del emperador. Fez fué fundada por Muley-Dris en 807.

En la primera de estas notas (11 Octubre) manifestó Sidi-Mohjamed-el-Katib, ministro de Negocios extranjeros de Marruecos, que habia recibido un firman de su amo dándole plenos y amplios poderes para que accediese á las reclamaciones de España. En la segunda, fecha 13 del mismo, contestando el ministro marroquí á una nota del agente diplomático español, en que este insistia en que declarase si aceptaba ó no la demanda por él presentada para que se concediesen á Ceuta nuevos límites jurisdiccionales hasta las alturas más convenientes para la seguridad y resguardo de la plaza, asegura que está dispuesto á acceder á los deseos del gobierno español.

Como consecuencia de estas notas, el encargado de Negocios de S. M. en Marruecos formuló los deseos del gobierno en las siguientes bases:

1.^a Que el bajá ó gobernador de la provincia colocase por sí las armas de España en el sitio donde se hallaban cuando fueron derribadas, y que las hiciese saludar por sus soldados.

2.^a Que los culpables de la agresion recibiesen el ejemplar castigo de que eran dignos (ante la guarnicion de Ceuta) por mano de las tropas marroquíes.

3.^a Que el gobierno marroquí designara dos ingenieros que, en union de otros dos españoles, determinasen los parajes más convenientes de la nueva línea, en el concepto de que habian de tomar por base de la demarcacion la Sierra de Bullones.

Desgraciadamente, el ministro marroquí se negó á acceder á tan justas peticiones, y entonces el gobierno español dió orden para que se retirara su agente diplomático en Tánger (1), declarando terminadas las negociaciones, y encomendando á la suerte de las armas la resolucion del conflicto pendiente y la satisfaccion del ultraje inferido al pabellon nacional.

El general O'Donnell dió pruebas en aquella ocasion de lo que pueden una voluntad decidida, un carácter enérgico y un espíritu organizador. Lanzada la declaracion de guerra el 22 de Octubre de 1859, se dedicó con incansable actividad á la formacion de un ejército que envidiasen las primeras naciones militares de Europa. El pueblo español entre tanto, sin distincion

(1) Esta plaza, un dia inglesa, cuenta hoy una poblacion mora de 9.000 almas, de las cuales más de 3.000 son ricos emigrados de Tetuan durante nuestra ocupacion, como consecuencia de la guerra que vamos á reseñar: consta además de 1.500 europeos, sin contar la raza judía, que ejerce una gran dominacion en el país.

Tánger explota la riqueza del fértil suelo marroquí en beneficio de Gibraltar, con cuya poblacion tiene comercio considerable. Por eso los ingleses se han opuesto á nuestra guerra de Africa, y no estuvieron satisfechos hasta recibir seguridades de que no nos guiaba espíritu alguno de conquista.

de clase ni de opiniones, se agrupó en derredor del trono para combatir por la honra de España: de todas partes se ofrecian al gobierno vidas y haciendas, pechos generosos y tesoros sin cuento; y la vista de Europa se fijó asombrada sobre aquel movimiento febril, aquel entusiasmo que fundia en una sola y noble aspiracion las aspiraciones de todos los españoles.

Los Cuerpos colegisladores interpretaron dignamente el sentimiento público, y los más elocuentes oradores de todas opiniones políticas se apresuraron á ofrecer su cooperacion para llevar á cabo la honrosa empresa en que la nacion se habia empeñado. No era lo que sentia España una ligera excitacion; era el sentimiento de la justicia, la nobleza de la causa lo que producía tan extraordinario entusiasmo; era la seguridad del triunfo, el deseo de dar á conocer que vivian en España hijos ilustres de los héroes de San Quintin y de Lepanto, de Bailen y de Bilbao.

La prensa toda reflejó en sus columnas la expresion del espíritu público. Como prueba del patriotismo en que se inspiraba, trascribiremos á continuacion algunos párrafos tomados al azar de algunos periódicos de esta córte:

EL OCCIDENTE.—«La guerra está declarada. En estos momentos de patriótico entusiasmo, cuando aun resuenan en nuestros oidos las brillantes peroraciones con que han respondido los senadores y diputados de todos los partidos políticos al sentimiento unánime que reina en la opinion y avasalla todos los corazones; en estos momentos de expansion nacional en que se estrechan todas las manos, se confunden todas las almas y se reunen en una sola todas las banderas que ondean en el campo de la política española, no se exija de nosotros el aplomo de la fria razon ni la calma estóica de los razonamientos escolásticos para presentar en un grave artículo las apreciaciones que naturalmente se desprenden de un acontecimiento tan importante como el que hoy registramos. No podemos disertar filosóficamente, solo podemos sentir, como decia ayer un orador de la Cámara popular. Los que por estólida ignorancia de lo que es y de lo que vale nuestro país, ó por insigne mala fé, nos calumnian desde el extranjero, atribuyendo á nuestro hidalgo carácter cualidades que solo pueden residir en quien tiene la osadía de achacarlas á los demás; los que suponen que hemos degenerado de nuestra altiva raza, y que los españoles de hoy son materia dispuesta para acomodarse á las humillaciones y á las exigencias de afuera; los que creen muerto en este pueblo noble el espíritu público y el sentimiento de la dignidad, que vengan aquí, que pasen esas calles cuajadas de gente de todas las esferas de la sociedad; que reparen esas fisonomías radiantes de jubiloso entusiasmo; que escuchen esas conversaciones en que respira el amor patrio y chispea el fuego del valor cívico; que penetren en el recinto de los Cuerpos colegisla-

dores, y vean el sublime espectáculo que se ofrece á la admiracion universal. ¡El espíritu público! Jamás, en ningun país, en ningun tiempo, bajo las más solemnes circunstancias se ha despertado y elevádose tan potente, tan vigoroso, tan unánime, tan magnífico como hoy se despliega en el pueblo español.»

LA DISCUSION.—«El sentimiento público crece y crece, y ahoga con su impotente unanimidad toda tendencia contra la guerra. El pueblo español conoce que sus fuerzas son grandes, que su idea es civilizadora, que el Africa es su espacio, su porvenir, su gloria. El pueblo español ha crecido, merced al débil calor de la libertad que ha avivado su antiguo génio, y hoy se apresta á una lucha gigante. No importa la suerte que nos depara la Providencia. La tenacidad ha sido siempre el rasgo distintivo de nuestro carácter. A una derrota sabremos contestar sacando fuerzas de nuestra flaqueza, como hemos hecho en todas las grandes ocasiones de nuestra historia. Esta es la gran hora de nuestra patria, este es uno de esos sublimes instantes que deciden de la suerte de las naciones. Mostrémonos dignos de nuestro pasado, dignos de nuestra historia. Seamos lo que fuimos en Lepanto, en las Navas, en Túnez y en Orán.»

EL CONCILIADOR.—«La guerra está declarada.

»Ante esta grave manifestacion, hecha en ambas Cámaras por el señor presidente del Consejo, y acogida con unánime aplauso, con verdadero entusiasmo, debe callar todo sentimiento que no sea el del más puro patriotismo.

»Así lo han hecho los representantes del país.

»Así lo han hecho tambien las oposiciones en la prensa y en la tribuna.

»Así lo hará el país.

»Para esta cuestion no hay partidos; solo hay españoles que saben sentir y luchar ahora, que mañana sabrán tambien vencer. Para todos reclamaban con razon los Sres. Calonge y Gonzalez Brabo participacion en los peligros. ¿Quién hay que en el campo, en la ciudad, con las armas ó con su ingenio, no esté dispuesto en momentos tales á ponerse al lado del gobierno, á auxiliarle, á consagrar á la reina y á la patria su poco ó mucho valor?

»El señor conde de Lucena no ve en los campos de Africa, bajo la enseña gloriosa de Castilla, más que militares y españoles unidos en un solo pensamiento y para una causa comun; ¿por qué no ha de ver y utilizar tambien con previsora política esa misma union en toda España? Llame confiadamente á su lado á los hombres de valía, como llama á los de esfuerzo; que en momentos de comunes riesgos no hay español que no olvide todo sentimiento personal ante el peligro de la patria, que no acuda presuroso en torno al trono de su reina, sin preguntar quién le llama, sin mirar el punto de partida, fija solo la vista en el punto á donde va.

»El espectáculo que ayer ofrecian ambas Cámaras, donde se luchaba por evidenciar el patriotismo que hacia latir todos los corazones, es de los que levantan el ánimo y dan motivo á enorgullecerse de ser español.

»Pronto, muy pronto, los hechos vendrán á dar muestra cumplida de la verdad de las palabras.»

LA IBERIA.—«Entonces se levantó el general O'Donnell; todas las miradas se fijaron en S. S.; todos los corazones latieron; los destinos de la patria, el decoro, la gloria, la dignidad de la nacion se hallaban personificados en él, y todos querian inspirarle la energía, la indignacion y el patriotismo que respectivamente inflamaban á cuantos asistian á tan memorable sesion. Desde que existe en España el gobierno representativo, no se ha ofrecido una ocasion semejante. Enemigos políticos suyos; adversarios decididos de su persona, de su sistema, de su conducta, deseábamos que en aquel instante le comunicase el cielo toda la sabiduría, todo el tino, todo el talento necesario para llenar su noble mision.

»No era el general O'Donnell quien hablaba. A nuestros ojos era el génio de la España; el génio de la patria, que iba á elevar su potente voz y á demostrar al mundo que España vive, que España siente y que España no tolera insultos ni humillaciones.

»El presidente del Consejo, muy conmovido, hizo la historia de los sucesos que en Africa han ocurrido desde el tratado de 1845 hasta el dia de hoy. Contó con fiera indignacion el insulto hecho á nuestra patria por esas kabilas salvajes que deben desaparecer del suelo africano, y sobre las cuales no ha ejercido influencia el sol de la civilizacion, y manifestó cuáles han sido las exigencias del gobierno español. Confesamos con orgullo que estas, que nuestros lectores verán en su lugar correspondiente, nos han satisfecho por completo. No se podia exigir ménos para vindicar nuestra dignidad; tampoco podia pedirse más sin faltar á la justicia. A todo se ha atendido en ellas; á nuestro desagravio y á nuestra seguridad para lo futuro.

»Con amargura declaró O'Donnell que el imperio marroquí se habia negado á todo; porque á esto equivale declarar que no se tienen poderes para tratar despues de tantas negociaciones, y pedir otro nuevo é indeterminado plazo; en vista de lo cual se habia mandado retirar al cónsul y decir al representante del sultan que la suerte de las armas decidiria de parte de quién están la razon y la justicia.

Dignas y mesuradas, como cumple al representante de una gran nacion, las palabras del general O'Donnell fueron acogidas con el mayor entusiasmo en los bancos y en las galerías. Era unánime el sentimiento, é imposible impedir la explosion. Todos aplaudieron al gobierno, todos olvidaron quiénes eran los hombres que lo componen. Eran en aquel instante los representantes del sentimiento que anima á diez y ocho millones de habitantes, y nadie se acordó de otra cosa sino de que el nombre español ha sido insultado, de que se nos niega la reparacion á que tenemos derecho, y que la espada de la patria va á brillar en justo desagravio de la honra de España.»

La prensa de provincias se asoció al entusiasmo general, y dirigió á la reina una exposicion en los términos siguientes:

«SEÑORA: En los momentos solemnes en que V. M., poseída del acendrado patriotismo de esta nacion valiente y magnánima cuyos destinos rige, apaga la voz de las disensiones intestinas enarbolando el pendon victorioso de Isabel I para castigar los agravios inferidos á nuestra honra, y para proseguir en Africa la obra tradicional y civilizadora de sus esclarecidos progenitores; acude á vuestros reales piés la prensa periódica de las provincias de España para ofrecer respetuosamente á V. M. el poderoso elemento de su más leal y constante predicacion por todos los ámbitos de la monarquía en pro de la noble causa que lleva nuestro valiente ejército á los campos marroquíes.

»La institucion de la prensa periódica es, señora, de un poder inmenso en los pueblos constitucionales: cuando llegan estas ocasiones supremas, ella, bien dirigida, sostiene vivo el entusiasmo nacional; ella prepara á los pueblos para constantes é incansables sacrificios; ella eterniza el nombre de los guerreros generosos que se distinguen derramando su sangre por la patria; ella, en fin, estimula á todos y cada uno con su voz universal al ejercicio de las acciones heroicas.

»Al declararse esta guerra, la Providencia ha reunido en la capital del reino á los directores de los periódicos de las provincias, que olvidándose de sus diferencias políticas, han formado conciencia del inmenso servicio que pueden prestar á la nacion uniéndose todos en derredor de V. M. y de su gobierno, y sosteniendo constantemente en sus columnas cuantas ideas y determinaciones supremas puedan contribuir al triunfo de vuestras armas y al engrandecimiento de nuestra nacionalidad.

»Confiad, señora, en que todos sabremos cumplir nuestra mision, y que al regresar á nuestros hogares llenaremos cada cual en nuestra respectiva localidad el deber que nos impone el sacerdocio noble de nuestra honrosa profesion, sosteniendo en todas las provincias y por todos los pueblos el entusiasmo que ha despertado en ellos la resuelta actitud de V. M., cuya preciosa vida guarde Dios dilatados años para mayor prez de su estirpe gloriosa y felicidad de los españoles.»

Merecen citarse como notables las siguientes frases del Sr. Aparici y Guijarro, uno de los hombres más importantes del bando monárquico-católico:

«La guerra en todos tiempos es una terrible calamidad, y sin duda en los presentes fuera muy de desear que se llevasen las cosas á términos de prudente y honrosa conciliacion; pero si no ha sido posible, declarada ya la guerra, puesta ya España frente á frente de Africa, la civilizacion de la barbarie, la Cruz de la media luna, yo creo, yo digo que es un mal español el que dude de nuestro derecho, el que atice nuestras discordias, el que contribuya de cualquier modo á entibiar el público entusiasmo.

»Declarada ya la guerra, es preciso marchar adelante; si la suerte nos es propicia, muy bien; si en el principio nos fuera adversa, no importa. La constancia española ha sabido siempre vencer á la suerte.

»Por ocho siglos lidiaron, sin desfallecer jamás, nuestros padres; pero conviene no olvidar que levantaron los ojos á Dios antes de combatir en Covadonga, y fundaron á Santa Fé antes de conquistar á Granada.

»Aquella gran mujer y gran reina, Isabel la Católica, tenia fijos al morir sus ojos y su espíritu en Africa: todos han podido leer y recordarán su testamento sublime; la visita que hicieron los hijos del islamismo á nuestros padres, nos encargó que se la devolviésemos nosotros; pero llevándoles un presente riquísimo, que puede dar vida y luz á esos pueblos bárbaros, sentados en tinieblas de muerte.

»¡Que admire complacida desde el cielo aquella gran reina á los que van á pelear valientemente bajo su santa bandera! Que escuche complacida desde el cielo aquella gran reina el grito que se arranca de las entrañas del pueblo español, el grito de las Navas, de Lepanto y de Bailen: ¡por nuestro Dios, por nuestra patria, por nuestro rey!!

»¿Quién sabe si merced á esta grande empresa, la única despues de medio siglo digna de nuestros alientos, quién sabe si merced á la sangre en ella derramada querrá Dios apiadado concedernos el bien supremo por que suspiramos, la reconciliacion sincera, la union perdurable de todos los españoles? Pero hoy, si ya está declarada la guerra, no quiero ni aun recordar nuestras discordias y nuestras miserias; todos los diputados de la nacion deben tener un pensamiento, un sentimiento, una voz; y alegrar el corazon de su reina, y vigorizar más, si es posible, el de sus ministros, clamando en voz tan alta que la oiga el mundo, que cuando se trata de su honra y de extender la santa fé de sus padres, España está y siempre estará pronta á ofrecer su último real y á derramar la última gota de su sangre.

»Por lo que á mí hace, mientras dure la guerra soy diputado ministerial; ahora y siempre, y ante todo y sobre todo, católico y español.»

Diremos, por último, que D. Salustiano Olózaga, jefe de la fraccion progresista, contestando en el Congreso al general O'Donnell, dijo las elocuentes palabras que copiamos á continuacion:

«Hoy es dia de sentir la indignacion que causa ver á un bárbaro y obcecado gobierno negarnos las justas satisfacciones que podemos tomarnos por nuestra mano; es dia de sentir el entusiasmo que esto despierta en el pueblo español; es dia de sentir la alegría que causa el vernos todos unidos, y estos sentimientos, señores, elevan el alma á tal altura, que desde ella no podemos percibir las hondas divisiones que han existido y que aun volverán á existir entre nosotros: es dia de sentir el placer inmenso de que seamos todos españoles y nada más que españoles, comparando los buenos tiempos de la antigua monarquía con los de la monarquía constitucional, y llevando la gloria de nuestras armas al territorio de Africa, donde tanta alcanzamos en otra época y donde hace siglos que nos está esperando.»

La Inglaterra, fiel á su sistema de monopolio, hizo los mayores esfuerzos para poner obstáculos á la noble

y justa actitud del pueblo español. Entre otros hechos que prueban su, cual siempre, indigna conducta, citaremos dos, que son por sí solos harto elocuentes. Fué uno de ellos el haber prohibido á los maquinistas de su nacion que sirvieran en nuestros buques de guerra. En cuanto al otro, trabajo nos cuesta consignarlo; creyendo que iba á poner á España en grave apuro, exigió de nuestro gobierno el pago de una deuda contraída durante la guerra civil dinástica, para lo cual, como queriendo hacer un ridículo alarde de generosidad, nos permitia que hiciéramos el reintegro en varios plazos; pero el gobierno presidido por el general O'Donnell, interpretando fielmente los sentimientos de la España entera, contestó en el acto á la Gran Bretaña:

«No admito la gracia de los plazos: ven á cobrar inmediatamente.»

Y el pago se hizo, y la guerra se llevó á cabo á pesar de la oposicion de Inglaterra, porque á España le sobran tesoros cuando de su honra se trata, cuando desaparecen las miserias de los partidos para dejarse oír la voz majestuosa del patriotismo.

El entusiasmo en España era indescriptible. Los donativos de hombres y dinero fueron infinitos, y nada hubiera sido más fácil al gobierno que reunir en corto plazo todos los hombres útiles y todos los tesoros que la nacion encerraba.

Las Córtes, á su vez, votaron una quinta de 50.000 hombres, autorizaron el aumento del ejército hasta 160.000 soldados, y votaron varios recursos extraordinarios, de que no llegó á hacerse uso á causa de los productos de la desamortizacion, que se estaba llevando á cabo, y que el patriotismo del país hubiera hecho además innecesarios.

En el entusiasmo general tomó parte la reina doña Isabel II, que siguiendo el noble ejemplo de la primera Isabel, ofreció á la nacion sus joyas y su patrimonio todo para llevar á cabo el triunfo de la cruz contra la media luna, de la civilizacion contra la barbarie.

En pocos días quedó formado, al mando del presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra D. Leopoldo O'Donnell, el ejército de operaciones, compuesto de cerca de 40.000 hombres, distribuido en cinco cuerpos de ejército en la forma siguiente:

Cuerpos.	Batallones.	Escuadrones.	Piezas.
1.º	12	4	48
2.º	16	4	48
3.º	16	4	44
Reserva	8	»	42
Division de caballeria . . .	»	9	42
Total	52	12	74

Fué nombrado jefe de Estado mayor general el mariscal de campo D. Luis García y Miguel.

El primer cuerpo de ejército lo mandaba el mariscal de campo D. Rafael Echagüe, llevando á sus órdenes, como jefe de division, al de igual graduacion D. Manuel Gasset.

El segundo cuerpo, al mando del teniente general D. Juan Zabala, constaba de dos divisiones á las órdenes de los mariscales de campo D. José de Orozco y D. Enrique O'Donnell.

Era jefe del tercer cuerpo el teniente general don Antonio Ros de Olano, y la primera y segunda division en que estaba dividido las mandaban respectivamente los generales D. José Turon y D. Genaro de Quesada.

Formaba el cuerpo de reserva una division al mando del teniente general D. Juan Prim; y para ponerse al frente de la division de caballería fué nombrado el mariscal de campo D. Félix Alcalá Galiano.

La armada se componia de dos navíos con 170 cañones, cuatro fragatas con 166, otras seis de hélice con 256 y fuerza de 2.130 caballos, cuatro corbetas con 100 cañones, nueve goletas de hélice con 18 cañones y fuerza de 690 caballos, quince buques menores, treinta vapores con 130 cañones y ocho transportes armados, de gran capacidad. Para ponerse al frente de esta armada fué nombrado el brigadier de marina D. Blas García de Quesada; pero al poco tiempo, en la necesidad de nombrar un jefe de mayor graduacion, fué nombrado el ilustre general D. Segundo Herrera, quedando de segundo aquel bravo y entendido brigadier.

La España llamó poderosamente la atencion del mundo entero, y se comprende bien. Una nacion que parecia enervada por efecto de luchas intestinas, y que sin estar de antemano prevenida, pone en un momento en pié de guerra y lleva en pocos dias á las costas africanas un ejército de 40.000 hombres y una escuadra de 87 buques con la misma facilidad que si se tratara de un simple cambio de guarniciones; una nacion cuyo tesoro no se resiente por los enormes gastos que tal empresa ocasiona, debia necesariamente de admirar á los demás Estados, que creian, sin duda, habia perdido España su antiguo poderío y olvidado las antiguas glorias y las sublimes tradiciones que siempre la han enaltecido.

Hasta el 30 de Octubre los rifeños no sintieron los efectos de la noble decision adoptada por nuestro gobierno; pero desde esta fecha, en que oficialmente se declararon en estado de bloqueo los puertos marro-

quiés, comprendieron que no se trataba de simples escaramuzas con las kabilas, sino de una guerra formal emprendida con decidido empeño.

La escuadra recibió orden de vigilar las costas, y el general O'Donnell, desplegando una actividad asombrosa, se dedicó á completar la organizacion del ejército, haciendo preparar parques, material de hospitales, todos los elementos de guerra necesarios, construccion de ambulancia, equipos de vestuario, organizándolo todo con la prevision necesaria para contrarrestar los inconvenientes del clima y combatir los accidentes del terreno y todos los obstáculos que pudieran oponerse á la realizacion de tan atrevida empresa.

En la noche del 14 de Noviembre el conde de Lucena salió del puerto de Cádiz á bordo del vapor *Vulcano*, acompañado de su estado mayor, con objeto de recorrer la costa africana, examinar sus fortificaciones y reconocer el campo moro desde la altura del Hacho. Realizado este propósito, se trasladó á Ceuta, examinó las fortificaciones, visitó las dependencias militares, salió al campo del moro é inspeccionó el terreno y las alturas de Sierra Bullones. Regresó á Cádiz y reunió inmediatamente consejo de generales, en el cual se acordó el embarque del primer cuerpo para la costa africana, lo cual tuvo efecto el dia 18 con el mayor orden, llegando á su destino aquella misma noche y tomando tierra con toda felicidad.

Al dia siguiente (19 de Noviembre de 1859) al toque de diana formaron las tropas en traje de campaña, y algunas compañías de cazadores salieron á la descubierta. Pocos momentos despues, á la salida del sol, el saludo de ordenanza solemnizó los dias de la reina, y las tropas, poseidas del mayor entusiasmo, emprendieron la marcha en columna cerrada. Seguian á la division 400 confinados, que habian recibido con inefable placer la noticia de que tendrian rebaja en sus cadenas si cumplan en la guerra como buenos. El dia se presentaba frio y lluvioso, y una especie de neblina envolvía las masas penetrando á través de los abrigos, como pudiera hacerlo la lluvia más tenaz.

Marchando á paso doble y en el más profundo silencio, la vanguardia hizo alto á distancia de medio tiro de fusil de las ennegrecidas paredes del Serrallo. La fuerza marroquí que lo custodiaba vió sorprendida desplegar en batalla los batallones cristianos, sobrecogiéndoles el temor á medida que aquellos aumentaban, y prorumpiendo en esos alaridos que caracterizan en los árabes así sus ataques como sus derrotas, pues van siempre á la muerte ó huyen de ella en-

tre el desorden y los gritos. Algunos disparos y una resistencia hecha por los moros parapetados en la torre Cuadrada, fueron los preliminares de un combate que despues se sostuvo en retirada y á campo raso por los rifeños, disparando y sosteniéndose á favor de la fragosidad del terreno. A las ocho de la mañana solo se oian algunos tiros á larga distancia, sin que se viera en derredor á ningun enemigo, y á las diez las tropas españolas penetraban en el fuerte. Nuestros soldados acamparon á las inmediaciones del Serrallo. Los cazadores de Cataluña, que ocupaban una buena posicion en Sierra Bullones, se retiraban, abandonándola por orden del cuartel general, cuando se vieron acometidos á retaguardia por algunos moros escondidos entre las malezas, causándoles estos seis heridos y obligándoles á ocupar de nuevo su posicion hasta el anochecer que volvieron al campamento, donde se reunió todo el ejército, no sin tomar las más exquisitas precauciones. A media noche y en las cumbres lejanas que rodeaban el cuartel general, vieron brillar las fogatas con que el enemigo se avisa del peligro, sin que esto interrumpiera la calma de nuestro campamento. Al toque de diana levantó el suyo la brigada Larrose, y azotada por la escarcha, que abundante y fria se desprendia de aquel cielo fuertemente nublado, se dirigió á tomar las alturas de los cerros inmediatos, descendiendo al llano por la parte opuesta, en que se trabó una escaramuza con algunos moros que trataron de defender una porcion de pajares que allí existian. Poco despues de las doce de la noche el general en jefe recibia un lacónico parte anunciando que los batallones de Larrose acampaban en los cerros más elevados y sufrían un fuerte temporal de aguas.

Las avanzadas españolas vieron cruzar el 21 por Sierra Bullones algunos caballos de la guardia negra y cinco ó seis mil infantes. Todo el dia se pasó en levantar algunos reductos, en cuyo trabajo se distinguian por sus fuerzas los confinados. Al dia siguiente 22, y como á las once de la mañana, se oyó repentinamente una salvaje gritería, que se extinguió entre el ruido de las descargas. Emboscados los moros y siguiendo su marcha á favor de las sinuosidades del terreno, sorprendieron las avanzadas de los cazadores de Talavera. A pesar de ser considerables las fuerzas enemigas, el batallon sostuvo á pié firme y por espacio de mucho tiempo un nutrido fuego, protegido por ciertos disparos de artillería, que causaban espanto indecible y grandes estragos en los moros. Estos se alejaron con objeto de rehacerse, y volvieron de nuevo á la carga con mayor coraje y más ordenadamente, obli-

gando á entrar en fuego al batallón cazadores de Simancas, que sostuvo tendido en guerrilla un vivo tiroteo por espacio de cuatro horas, sin obtener resultados favorables, ya porque el número de enemigos crecía, ya porque en proporciones mayores aumentaba éste su audacia y su salvaje valor.

Al mismo tiempo 4.000 moros de rey penetraban por el boquete de la casa del Renegado, y las demás fuerzas atacaban por distintos puntos envolviendo todas nuestras posiciones, haciéndose el combate general y tomando parte todas las tropas de la división. Los moros de rey hicieron prodigios de valor. Abandonando las espingardas y haciendo uso de las gummias, se lanzaron sobre nuestras baterías, llegando á ellas los que no quedaban en el campo víctimas de un nutrido fuego de metralla.

Felizmente, nuestros artilleros defendieron las piezas con sin igual bizarría, no sin que contribuyera también á salvarlas la circunstancia de haberse hundido con los disparos parte de ellas, por hallarse el terreno reblandecido por la lluvia. A las cuatro de la tarde, el comandante en jefe del ejército, que no quería prolongar hasta la noche aquella tenaz resistencia y deseaba escarmentar á los enemigos, ordenó cargarlos á la bayoneta por ambos flancos, orden que fué recibida con inexpresable alborozo por nuestras tropas. Lanzáronse nuestros valientes como leones sobre sus enemigos, tres veces mayores en número, huyendo ante el ímpetu de las bayonetas, que por todas partes los arrollaban. Media hora después, la calma se restablecía en el campo, y nuestros soldados vivaqueaban alegremente, satisfechos con la victoria y deseosos de que esta se reprodujese. Los jefes superiores se entusiasmaban ante la idea de ver en sus noveles soldados las condiciones de espíritu y disciplina, de aplomo y valor que caracterizan al veterano en campaña. Un nuevo enemigo hizo su aparición en aquel mismo día. La disentería y el cólera postraban en no pequeño número á nuestros soldados en las abiertas cuadras del Serrallo, habilitado para hospital provisional. En breve esta circunstancia había de hacerse sentir sobre las operaciones que habían comenzado bajo los auspicios de la victoria.

El día 24, cuando los soldados españoles empezaban á comer el rancho, una nube de moros se presentó enfrente del campamento. La lucha empezó desde luego formidable, lucha entre dos ejércitos de héroes: nuestros cañones hicieron retroceder al enemigo, y la fusilería continuó haciendo fuego largo rato.

La victoria fué completa, y tales fueron los rasgos

de heroicidad que se comentaban por la noche en la tiendas de campaña, que parecía se había realizado una lucha de valor y de humanidad entre jefes, oficiales y soldados, lucha noble, en la cual nadie había sido derrotado porque todos habían quedado á igual altura. Fué aquel día cuando el soldado Francisco Conejero mereció ser agraciado con la medalla de oro que había regalado el Liceo de Cádiz para recompensar gloriosos hechos de campaña.

Al día siguiente (25 Noviembre), nueva lucha y nueva victoria, y eso que eran superiores en número los contrarios, y demostraron valor heróico y sin igual entusiasmo.

Diremos sobre esta gloriosa jornada algunas palabras.

Desde muy temprano empezaron á aparecer los moros por las sombrías cuestas de Sierra-Bullones, presentándose en gran número sucesivamente por el boquete de Anghera y en las entradas de los bosques. A las doce, después de tomar las mejores posiciones, hicieron fuego contra las tropas españolas. Ocupaban, casi escondidos, una extensión de tres kilómetros.

Nuestros reductos no podían hacer fuego contra los moros, y los soldados tenían otro enemigo en la escabrosidad del terreno. Sin embargo, los batallones emprendieron la marcha y avanzaron ordenadamente cual si no existiera peligro alguno, sin que fuera motivo para detenerse la obstinada y mortífera resistencia que hallaban en su camino.

El batallón de cazadores de Alcántara ocupó una posición importante sobre el barranco del Infierno; pero en el momento vió envueltos sus flancos y su frente por el enemigo, que se hallaba oculto en las espesuras del bosque. Los bravos cazadores se vieron envueltos por un grueso de moros cinco veces mayor que el del batallón; pero este, con notables cargas á la bayoneta los rechazó, logrando hacerlos abandonar el campo por completo con el apoyo de los cazadores de Talavera. En una de aquellas cargas murió el teniente D. Juan Malavila, y su asistente Ramon Torrillo se arrojó sobre el matador de su amo, matándole de un bayonetazo é hiriendo á otros dos moros. El batallón cazadores de Madrid hizo también prodigios de valor, rechazando á fuerzas muy superiores. Entonces murió el bizarro teniente coronel Liniers y otros distinguidos y valientes oficiales, salvándose milagrosamente la vida el bravo general Echagüe, que, herido en un dedo, se vió precisado á retirarse por pocos días, entregando el mando de las tropas al general Gasset.

Grande cuanto gloriosa fué la victoria alcanzada por

el primer cuerpo de ejército; pero fueron considerables las pérdidas sufridas, si bien no tan numerosas como las que experimentó el enemigo á causa de la excitacion que producía en nuestras tropas el ver que los moros cortaban las cabezas de los soldados españoles que veían muertos ó heridos (1). En aquel día las compañías sanitarias prestaron su servicio de una manera heroica, recibiendo los auxilios del arte quinientos heridos de todas clases.

El primer cuerpo de ejército había inaugurado la campaña de un modo brillante.

Había luchado contra un enemigo feroz y valeroso y había vencido. Pero otro enemigo se presentaba terrible y amenazador, el cólera, que iba á diezmar las filas de nuestros soldados, quienes no por eso se desanimaban, porque de antemano habían aceptado la gloriosa empresa de morir por la honra de la patria.

El día 27 (Noviembre) llegó al campamento el general O'Donnell, siendo recibido por las tropas con el mayor entusiasmo, y en los tres días siguientes desembarcaron en Ceuta el segundo cuerpo de ejército, mandado por el general Zabala, y el de reserva, acaudillado por el general Prim.

El conde de Lucena dió las gracias en una sentida alocucion al primer cuerpo de ejército, por haber puesto á tan elevada altura el pabellon nacional, y se dispuso á dirigir las operaciones militares.

La campaña iba á continuar tan gloriosamente como había empezado.

XVII.

El mismo día en que el general en jefe publicó la orden del ejército felicitando y dando gracias al pri-

(1) «Se necesita ser español, dice un testigo ocular, y haber fijado los ojos en este atroz espectáculo, para comprender toda la furibunda compasion, todo el rabioso dolor, toda la sed de venganza que se encendió en mi pecho, al mirar aquellos cadáveres, en los cuales á falta de facciones podía suponer las del amigo más querido; al ver aquellos cuerpos, que en fuerza de no tener expresion, expresaban más dolor que el velo que cubría el rostro de Ifigenia; al pensar en las supremas angustias que habían acompañado la última hora de aquellos desgraciados. Aquellos cadáveres no tenían más nombre que el de españoles; y al ver patente la ferocidad salvaje de nuestros contrarios, al pensar que tal vez aquellas nobles cabezas serían paseadas como bárbaro trofeo; que sus apagados ojos dirigían desde la punta de una lanza su inerte mirada; que tal vez aquellas cabezas serían insultadas, sin que pudieran escupir al rostro de sus verdugos... ¡Oh! entonces comprendí perfectamente por qué no teníamos prisioneros.

»Poco despues vinieron otros soldados—sigue diciendo el mismo testigo—que traían en sus manos alguna cosa envuelta en un pañuelo ensangrentado: eran las cabezas de nuestros mártires, arrancadas con la vida á los caribes que entre aullidos feroces las llevaban. Los bravos que habían lavado en sangre nuestra afrenta y castigado el crimen apenas cometido, iban piadosamente á depositar aquellas cabezas junto á sus truncados cuerpos en la tierra que bendecía fervoroso un misionero que se había encontrado en el vapor *Provence*.»

mer cuerpo (1.º Diciembre 1859), los moros reunieron sus huestes para combatir contra las tropas españolas.

A las dos de la tarde el general O'Donnell observó el movimiento de los enemigos, y disponiendo que las divisiones mandadas por Zabala y Prim tomaran posiciones, organizó la defensa con el primer cuerpo, creyendo que este era suficiente para conseguir la victoria. Los moros se batieron desordenada pero heroicamente: era inmensa su línea de batalla, y creyeron que podrían desconcertar al ejército contrario atacándole por muchas partes. ¡Empeño vano! Nuestra artillería y los regimientos del Rey y de Borbon, y los batallones de las Navas, Simancas, Arapiles y Barbastro, supieron sostener el ataque, obligando al enemigo á huir hasta refugiarse en las ásperas crestas de Sierra-Bullones.

Cuenta un historiador de la guerra de Africa, entre otros hechos gloriosos de aquella jornada, uno que no nos creemos dispensados de referir. La accion tocaba á su término, y en este momento un gran número de moros se precipitó dando feroces aullidos y disparando sus armas sobre una de nuestras guerrillas más avanzadas. Estos pobres soldados estaban perdidos; pero una compañía del batallon de Simancas los salvó. Al vertiginoso irresistible toque de ataque, salió esta compañía rápida pero ordenadamente, desafiando el mortífero fuego de los moros, desconociendo todos los peligros y salvando todos los obstáculos. Los marroquíes los esperaban; nuestros bravos cazadores se lanzaron á ellos como la leona sobre quien le ha robado sus cachorros, y huyendo aquellos á la desbandada fueron perseguidos y acorralados, quedando la victoria sonriendo á la heroica compañía de Simancas y salvada la avanzada en cuyo auxilio corriera.

El ejército español siguió obteniendo victorias contra los moriscos, y el cólera y la inclemencia del clima continuaron haciendo estragos en nuestras tropas, como lo demuestra el haber sido necesario evacuar en parte los hospitales de Ceuta, enviando á Málaga y Algeciras 1.729 hombres heridos ó enfermos. En cuanto al servicio sanitario, cúmplenos consignar que los individuos encargados de él dieron pruebas de caridad y abnegacion que nunca olvidará la generosa España (1)

(1) Hé aquí lo que acerca del cuerpo de Sanidad del ejército dice el Sr. Beltran, con el elegante lenguaje que distingue sus escritos, al historiar la guerra de Africa:

«Los soldados sanitarios seguían dando continuas pruebas de la abnegacion heroica que ya en otra ocasion hemos tenido el placer de elogiar; dígalo si no el siguiente hecho ocurrido en presencia del general Gasset en la reñida accion del 45: Estándose tiroteando algunos cazadores de Ma-

y que sentimos no poder reseñar por impedirnoslo los límites que nos hemos propuesto dar á este libro.

La campaña continuaba, y el valor de nuestros soldados no disminuía, ni se amenguaba su fé, ni se debilitaba su constancia. El día 9 de Diciembre una nueva victoria coronó los heroicos esfuerzos de nuestros valientes, tomando parte en la lucha los cuerpos de ejército mandados por los generales Zabala y Prim, que estaban deseosos de compartir las fatigas lo mismo que las glorias con aquellos de sus hermanos que habian tenido la suerte de ser los primeros en demostrar el bélico entusiasmo de que la España toda estaba poseída.

Este hecho de armas lo relata el *Diario de operaciones* publicado por el Estado Mayor del ejército en los siguientes términos:

«La segunda brigada de la division del primer cuerpo cubria el servicio avanzado, extendiéndose desde el boquete de Anghera, ocupado por el batallon cazadores de Simancas, hasta el fuerte de Isabel II, en el que se hallaban los dos batallones del regimiento del Rey, con la tercera compañía de artillería de montaña: los cazadores de Barbastro estaban á retaguardia de este fuerte, y entre el boquete se habia establecido el batallon de las Navas: el resto del primer cuerpo, á excepcion del batallon de cazadores de Alcántara, que guarnecia el fuerte Príncipe Alfonso, estaba en el Serrallo. La primera division del segundo cuerpo, cinco batallones de la segunda y la reserva, acampaban, segun se ha dicho, en el Otero. A la una de la tarde se presentó el enemigo sobre las alturas del frente, amenazando ambos extremos de nuestra línea desde la parte de Anghera hasta la de Benzú. Todo el primer cuerpo tomó las

dríd con una masa de moros á muy corta distancia, un sargento se dejó llevar de su arrojo, y cargando solo al enemigo, vino á caer herido en la mitad del trecho que separaba á los combatientes. A cada momento temia el desgraciado ser presa de los moros, y sabido es la horrible suerte, los feroces suplicios que en tal caso le esperaban. se necesitaba mucha resolución para penetrar en aquel infierno de balas, con la casi seguridad de ser herido ó muerto, sin lograr el apetecido resultado; mas hé aquí que sin parar mientes en tal riesgo, y atentos solo á su deber, cuatro sanitarios de Madrid se adelantan con su camilla; ponen en ella al herido y salen maravillosamente sin la menor lesion. ¡No parece sino que Dios queria proteger especialmente la vida de los que en medio del marcial fragor marchaban con faz serena á ejercitar la caridad! ¡Qué hermosa, qué evangélica es la inscripcion que llevan las camillas.—¡Ane! En ellas se dice al soldado: HOY POR TÍ, MAÑANA POR MÍ, y esta reflexion les da nuevo brio para salvar á sus desgraciados compañeros.

»La caridad que allí se ejercia era la caridad cristiana, que no reconoce enemigos; y el lápiz del eminente artista Mr. Iriarte encontró en uno de esos combates una escena muy interesante que copiar: era el ayudante D. Cesáreo de Losada que, puesto de hinojos en el reducto de Isabel II, curaba al primer prisionero moro, á Bucell, con tan amorosa solicitud, como si un cuarto de hora antes no hubiera estado haciendo fuego con su espingarda, acaso al mismo que entonces le curaba; y ¡oh poder de la dulzura! aquel salvaje, que hubiera sufrido tal vez el tormento con faz serena, se enternecia al verse objeto de tantos favores por parte de sus enemigos; de aquellos nazarenos en cuyo odio le habian amamantado.»

armas y se dirigieron por la derecha los dos batallones del regimiento de Borbon y el de cazadores de Talavera, con el brigadier Sandoval; y por la izquierda, hácia el boquete de Anghera, y mandados por el de igual clase Lassausaye, los batallones cazadores de Madrid y Cataluña. El general Gasset avanzó tambien con los demás batallones y artillería, afecta al primer cuerpo para acudir prontamente á donde fuese necesario. Tomadas estas primeras disposiciones, y empeñadas ya en accion las tropas avanzadas, el general en jefe adelantó el segundo cuerpo hasta mitad del camino, entre el Serrallo y fuerte Isabel II, y se trasladó en seguida á este para abrazar toda la extension del campo. El enemigo dirigió su primer ataque sobre la izquierda, y recibido allí vigorosamente, fué arrojado á los barrancos y espesos bosques. Cargó despues con la mayor parte de sus fuerzas hácia la derecha, en donde se combatia tambien despues de largo rato, y se extendió hasta la altura del Renegado, con el intento de envolver aquella ala. Un ataque general por la izquierda y centro, que fué apoyado por tres batallones del segundo cuerpo, desalojó al enemigo de sus posiciones, y el general en jefe ordenó en seguida que el regimiento de Borbon cargase á los numerosos grupos que se habian adelantado por la derecha, ejecutándose la carga con tanta oportunidad y rapidez, que experimentaron allí los marroquíes el revés que se propusieron, y envueltos por las tropas y separados en parte del grueso de sus fuerzas, se precipitaron en derr ota por los derrumbaderos y barrancos que caen al mar, siendo perseguidos hasta las primeras chozas de la kabila de Benzú.»

Concluida esta accion, el general en jefe recompensó sobre el campo de batalla á los jefes, oficiales y soldados que más se distinguieron; tarea difícil, porque acababa de terminar una lucha de heroismo entre nuestras tropas, pero que debemos confesar cumplió con escrupulosa rectitud el conde de Lucena.

El conde de Reus recibió orden de emprender la marcha sobre Tetuan (1), para lo cual era necesario abrir camino entre los jarales y barrancos, que impedían el movimiento desembarazado del ejército. Para ello tenian que luchar con obstáculos que parecian insuperables á causa de los terribles vientos y de las inmensas lluvias que durante días enteros caian inclementes sobre las tropas.

Todo lo vencía la constancia y el entusiasmo del ejército, y el arrojo y actividad del general que con su division de reserva logró abrir anchos y hermosos caminos en sitios que los mismos moros no podrian recorrer sin grandes dificultades. Algunas veces los moros querian impedir los trabajos, pero algunas cargas á la bayoneta les hacian desistir de sus temerarios intentos.

(1) Hallamos la etimología de Tetuan en la palabra *Tituan*, falda del monte donde fué la primitiva poblacion.